

hacer esto o aquello en educación; sólo invita a pararse a pensar la educación; y si se sugieren algunas y precisas acciones pedagógicas, sólo tienen el objetivo de ayudar a pensar la educación” (p. 14), desde la perspectiva de la filiación en su marco originario que es la realidad familiar.

En una sociedad donde los profundos cambios inciden en cambiar la naturaleza de las cosas, la honda convicción del carácter permanente que conlleva ser persona, ofrece una espléndida ocasión para entender más cabalmente la educación en una sociedad global. No cabe duda de que los medios que se ofrecen hoy día, junto a las posibilidades que ofrecen esos medios, merece la pena no desaprovecharlos. En este sentido, no perder de vista la realidad originaria del ser humano en el ámbito familiar y su carácter de filiación, constituyen la mejor forma de aprovechar las oportunidades que nos ofrece la sociedad global. Entender la educación en su sentido más genuino como ayudar a crecer dentro del inmenso mar de posibilidades.

Alfredo Rodríguez Sedano

Leonardo Polo, *Curso de teoría del conocimiento, II*

Eunsa, Pamplona, 4ª edición, 2006.

Acaba de salir la cuarta edición del tomo II del *Curso de teoría del conocimiento* de Leonardo Polo. Esta cuarta edición, once años después de la primera, es indicativa de que este segundo tomo es, posiblemente, la parte de la teoría del conocimiento poliana más difundida y, seguramente, porque es la más asequible.

Globalmente trata del comienzo de la vida intelectual del hombre: de la operación incoativa de la inteligencia, la abstracción o la conciencia. En el tomo I de este curso, Polo había formulado su axiomática del conocimiento intelectual, examinado el conocimiento sensible. En el posterior tomo III, estudiará la operación intelectual de negar, reflexionar o generalizar. Y en el tomo IV y último, la operación racional; la razón como operación que se ejerce por fases: concepto, juicio y fundamentación.

Desde el punto de vista de una analítica de las operaciones intelectuales, la división del curso es, pues, clara: en este tomo II se estudia la inicial, y en los dos siguientes las que Polo llama prosectivas. Pero lo más poliano es señalar que las operaciones no son los únicos actos cognoscitivos; a ellas deben añadirse los hábitos intelectuales, a los que se asocia el método del abandono del límite mental que Polo ha propuesto para la filosofía.

Los hábitos adquiridos se tratan, en efecto, en los tomos II, III y, especialmente, en el tomo IV: porque éstos últimos son estrictamente necesarios para razonar. En cambio, los hábitos llamados innatos son tan sólo apuntados en ese tomo, se han dejado más bien para la *Antropología trascendental*: porque el considerarlos como innatos comporta que más que perfeccionar a la inteligencia, a la potencia intelectual, son personales y remiten a la libertad, como cierta extensión suya. Hay que referirlos, en suma, al intelecto agente; cuyo sentido, a su vez, habrá de modificarse con ello.

Éste segundo tomo del *Curso de teoría del conocimiento*, igual que los demás, se divide en lecciones: concretamente trece. Para describir sucintamente el contenido del libro, las agruparé temáticamente.

La primera lección enlaza el conocimiento intelectual con la sensibilidad, formulando alguna sugerencia neurológica para entender la conexión entre el cerebro y la potencia intelectual; concretamente la noción de unidad destotalizante, que funcionaliza parcialmente su soporte antecedente (p. 29).

Las lecciones segunda a quinta conforman una sugestiva descripción del objeto intelectual, término de la operación incoativa de la inteligencia. En clara referencia a Heidegger, Polo enfoca el *estar-en-el-mundo* del hombre en un sentido intelectual, más que pragmático; de acuerdo con él la objetividad intelectual se describe como *lo que hay ya inmediatamente abierto*. En la objetividad intelectual estriba la apertura del hombre al mundo, por cuanto equivale ya, inmediatamente, al haber un mundo ante el hombre. La operación incoativa de la inteligencia, como operación inmanente que es, es simultánea con su objeto, no productiva de él.

Las lecciones sexta, séptima y octava constituyen una remisión de la objetividad intelectual —de esa apertura humana y ese haber un mundo— a la noción poliana de límite mental: el límite es la presencia mental, la objetualidad del objeto. Dicha remisión permite a Polo un ajuste de cuentas con el nominalismo y el idealismo, los movimientos filosóficos más determinantes de las actuales problemáticas en la comprensión del conocimiento. Al límite mental se reduce la suposición del objeto —el objeto está exento de su ser real, lo supone—; porque la unidad del acto cognoscitivo, siendo la unidad entre dos seres —el cognoscente y el conocido—, es solamente intencional, noética.

En la lección novena se trata del que Polo llama axioma D, o axioma de la infinitud; del que no se pudo tratar bien antes, en el tomo I cuando expuso la axiomática gnoseológica entera, porque no se aplica a la sensibilidad, sino que se refiere exclusivamente a la inteligencia. La inteligencia es operativamente infinita, insaturable, inagotable. Quizá también por eso, la abstracción

es sólo la operación incoativa de la inteligencia: después vendrán las operaciones prosecutivas.

Las lecciones décima y undécima tratan de la conciencia. La conciencia es imperfecta en los demás objetos abstractos; pero ante la forma circular (que se abstrae de una imagen puramente formal, sin intenciones de la memoria y la cogitativa) se ejerce un acto perfecto de conciencia: la circunferencia se piensa como se piensa porque se piensa (p. 181). En el orden habitual también hay un hábito imperfecto de conciencia, que es articulante y lingüístico, y un hábito perfecto de conciencia que Polo encuentra ejercido en el mutismo de algunas corrientes del budismo.

Las dos últimas lecciones, son una aplicación a la historia de la filosofía de la propuesta poliana acerca de la operación incoativa de la inteligencia. Polo trata de comparar su teoría sobre el comienzo del pensar expuesta en el libro con el comienzo de la filosofía en la historia. En éste comienzo la cuestión problemática era ajustar el valor activo del principio, de la *arjé*, con la pluralidad consistencial de los entes, en su caso alternativamente contrarios; una cierta versión del clásico problema de lo uno y lo múltiple. Polo entiende ahora esta problemática como el ajuste de la presencia mental, que es única, con la pluralidad y diversidad objetiva. Y, por tanto, como el problema de articular el sentido nominal y el verbal de los términos; problema que gnoseológicamente se corresponde con la abstracción y su hábito, articulante y lingüístico. Así interpreta Polo el tema de la *physis* presocrática: como la articulación del tiempo según el presente. Si la filosofía presocrática empieza con la abstracción, imponiendo el presente al tiempo, el problema de la prosecución del pensar a partir de la operación inicial se agudizará luego en Platón y Aristóteles; porque la cuestión de la unidad se puede plantear más allá de la abstracción, y especialmente ante la conexión judicativa, expresa en un lenguaje predicativo.

Por lo demás, este segundo tomo, como los demás del *Curso de teoría del conocimiento*, está escrito en un tono relativamente coloquial, procedente de clases orales, aunque sin dejar de ser riguroso; con múltiples sugerencias y alusiones a distintos planteamientos y enfoques, referencias a pensadores clásicos y modernos (Aristóteles, Descartes, Kant, Husserl, Heidegger...), y sin ceñirse a una terminología de escuela. Todo lo cual enriquece mucho la exposición, y la abre a una mayor pluralidad de lectores.

En suma, nos felicitamos todos y felicitamos a la editorial por la reedición de este libro de Polo.

Juan A. García González